



Pablo Santa María Sainz, 79 años
José Domingo Rocamora Box, 20 años.

Joven a los ochenta

Los últimos datos que ha publicado el Ministerio de Sanidad sitúan a España como uno de los países con mayor esperanza de vida de Europa. Pablo Santa-María es un ejemplo de la vitalidad que conservan aquéllos que vivieron en una España muy distinta a la actual.

El último informe presentado por el Ministerio de Sanidad sobre la salud de la población española, pone de manifiesto que España registra una esperanza de vida por encima de la media europea, situándose en tercer lugar por debajo de Italia y Suecia. Nuestros mayores van sumando años a la vida y velas a una tarta que se enriquece día a día con la ilusión y el esfuerzo de no perder esa juventud que todavía sigue viva en ellos, conservando el interés por conocer, observar y enriquecerse de la experiencia y el saber que se adquieren tras haber recorrido un largo y costoso camino. Pablo Santa-María es un joven de 79 años que camina con la sonrisa en su rostro y los ojos bien abiertos para continuar aprendiendo de los secretos que esconde la vida.

Los años han pasado y con ellos todo ha ido cambiando. A Pablo le brillan los ojos cuando pasea por el parque del barrio madrileño en el que vive desde hace más de cuarenta años y observa cómo han crecido los árboles que él, junto con los vecinos, plantó un día. Los ojos de Pablo están llenos de vida, todavía mantienen su color y, mientras hablamos, hay momentos en los que los cierra para recordar a aquel niño estudioso e inquieto que una mañana decidió abandonar el pueblo de Castilla y León en el que llevaba veinte años, para adentrarse en un nuevo mundo. Atrás dejaba los duros trabajos de campo con los que se evitaba pasar hambre y en un cajón guardaba el único libro que utilizaba para estudiar: aquella Enciclopedia que recogía todas las asignaturas de la educación primaria. Pablo, que disfrutaba con la lectura y atesoraba el deseo de descubrir, iniciaba su viaje rumbo a Segovia para hacer el servicio militar voluntario.

Durante esta etapa en Segovia cumpliendo el servicio militar durante tres años, Pablo comenzó a experimentar los primeros cambios y a acumular nuevos conocimientos. Era el año 1946, la recién terminada II Guerra Mundial había dejado a España marginada internacionalmente, pues los países vencedores consideraban al régimen de Franco un residuo del fascismo contra el que habían estado luchando; la vida económica sufría un estancamiento como consecuencia de la Guerra Civil y las medidas autárquicas e intervencionistas que se habían llevado a cabo pero, el ejército, según recuerda Pablo, seguía siendo muy numeroso y disciplinario aunque también se percibía una falta de cultura y analfabetismo entre sus miembros, la mayoría de los cuales procedía de la guerra. A lo largo de estos tres años, Pablo desarrolló varias ocupaciones: asistente de los oficiales, cabo furriel y cabo primero, sin perder su pasión por la lectura, por aprender y por hacer nuevas amistades que le ayudaron a continuar dos años más en Segovia trabajando en la banca.

Tras cinco años, Pablo consideraba que su paso por la ciudad del acueducto romano había llegado a su fin y ahora tocaba coger de nuevo la maleta y continuar rumbo a la gran capital o, como él la llama, "la gran jaula" porque en ella todos caben: Madrid. Cuando Pablo llegó, allá por el año 1950, Madrid comenzaba a crecer industrialmente intentando superar las heridas que había dejado la guerra y Pablo



podría haber sido uno de los personajes que años después aparecían en la película de José Luis García, *Tiovivo C.* 1950, en la que se recrea aquel Madrid a la que llegaban trabajadores como nuestro protagonista, que pasó a formar parte de un negocio junto con 200 empleados más. Pablo recuerda aquellos años como “tiempos heroicos” y no sólo porque por aquel entonces la gente se lanzaba desde el andén hasta los laterales de los tranvías que estaban abiertos para evitar perderlos, sino porque había un esfuerzo y una lucha por intentar sobrevivir en una época en la que los problemas sociales provocados por el masivo éxodo y el hambre afectaba a miles de familias.

Pese a los problemas, Pablo no se cansaba de mirar y aprender, siempre procuraba darle un sentido positivo a la vida siguiendo una de sus máximas: “tengo esto así que voy a trabajar y voy a disfrutarlo.” Disfrutaba de la vida, a la que considera “un aprendizaje continuo; la mejor universidad si se sabe aprovechar.” Cada día conocía a nuevas personas con distintas ideologías, creencias y tendencias y poco a poco se fue dando cuenta cómo aquellas enseñanzas católicas que habían formado parte de su educación primaria no se correspondían con la verdadera realidad. En su libro *El Camarada* había leído de pequeño que “los niños indolentes, perezosos y desaplicados no son queridos de sus padres y de sus profesores, y se hacen merecedores del desprecio del Creador”. En Madrid conoció a gente que había estado en la cárcel durante aquellos años de dictadura y que no profesaba la religión católica y, sin embargo, eran buenos compañeros que dejaron gratos recuerdos en su memoria.

Ahora que Pablo está cerca de convertirse en un octogenario muchos pensarán que ha llegado el momento de poner fin a ese viaje que inició con 20 años, de sentarse en un banco del parque por el que pasea todos los días y dejar que poco a poco el sol se vaya escondiendo. Pero no. La vida es muy hermosa como para dejarla escapar así y Pablo muy joven como para quedarse sentado. La cultura y la filosofía oriental ocupan gran parte de sus horas, recibe clases de yoga y aprende a descubrir la belleza que hay en todas las cosas y a contemplarla, y comparte sus conocimientos sobre historia y arte con los miembros de la Asociación Mayores Ecologistas. Con estas actividades, cada día Pablo consigue ser un poco más feliz y comparte esta felicidad con todos los que le rodean, pues siempre dice que “cada uno sólo puede transmitir lo que tiene”.

Esta es una más de las miles de historias que cada uno de nuestros abuelos y abuelas tienen tras de sí. Una vida de sacrificio a la que nosotros, los afortunados de Occidente, no estamos acostumbrados y no hemos conocido. Despertarse cada mañana con el mismo ímpetu con el que lo hacemos los adolescentes, es un premio digno de reconocimiento en esas personas que ya necesitan la ayuda de un bastón pero que no se rinden ante el paso de los años. Para Pablo llegar a los ochenta ya supone haber hecho mucho en la vida, pero sabe que todavía tiene mucho que hacer. Aún tiene mucha juventud que disfrutar porque, como demuestran las cifras, nuestros mayores son los más jóvenes de Europa.